

1

MATERIALIDADES DE LA LECTO-ESCRITURA EN LA ÉPOCA PREVIA A LA DIGITALIZACIÓN DEL MUNDO

Llegada la noche, me vuelvo a casa y entro en mi escritorio; en el umbral me quito la ropa de cada día, llena de barro y de lodo, y me pongo paños reales y curiales. Vestido decentemente entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres, donde, recibido por ellos amistosamente, me nutro con aquel alimento que solo es mío y para el cual nací.

NICOLÁS MAQUIAVELO

Una cuestión: el cuerpo en la escena de la lectura y la escritura

Leer, escribir; leer para escribir..., hacerlo en y desde el seno de tradiciones que bien podemos suponer centenarias. Lentamente la ejecución de estas praxis pertenecientes a una misma «civilización de la escritura», a medida que han sido infiltradas por nuevos medios electrónicos, que hoy las abren a complejos escenarios de instalación virtual, han ido perdiendo parte de una antigua *aura*, depositada en una pluralidad de objetos, espacios y mediaciones cuyo relieve físico inicia justo ahora su decadencia.

Resulta cierto que toda la «leyenda de la escritura» vinculada a tales presencias, y también lo que era su propia mitología «material» ha acabado por ceder, disolviéndose en la atmósfera ingrátida de nuestro tiempo.

Habremos de contar esta metamorfosis extraordinaria que, en general, nos lleva desde un mundo sólido a un universo, como afirman los sociólogos, «líquido».

De reservada y exquisita; de íntima y minuciosamente ritualizada en espacios de gran densidad material y semántica, y a la vez siempre ejecutada con medios altamente especializados, la «relación de escritura» ha pasado a ser una *operación* que se realiza hoy en buena medida independizada de todo entorno tangible, en la forma de una inscripción aérea, fugaz, inestable en su constitución última, dado que ocurre en una dimensión cibernética escasamente experimentable en lo corpóreo, en cuanto que es no-tridimensional. Algo que de tener lugar en el plano fisiológico, acaso ya no demande sino una pequeña descarga tensional en el extremo de los dedos. En cierto modo, tal «relación» al día de hoy resulta ser el producto de una puesta en paréntesis del cuerpo, el cual apenas ya necesita desenvolver su existencia, física y «pesada», frente a la pantalla. Esta última se configura como el verdadero *borde*, la frontera que corta en dos el territorio mismo de estas prácticas. El nuevo sujeto que la atraviesa es un sujeto por ello mismo «transfigurado».

La nueva ergonomía y organización espacial que el medio electrónico demanda, no implica ya la toma de fuertes decisiones acerca de lo que deban ser las condiciones materiales y sentido físico que el hecho lecto-escritor pareció alcanzar en otros días, y en donde brilló a gran altura su ejercitación tramando delicada y complejamente con un cuerpo *productor*.

Precisamente, este libro tratará de «conjurar» la presencia de aquel cuerpo escribiente (también cuerpo que *produce* lectura), junto con la de la dimensión espacial donde opera(ba), haciéndose tributario entonces de una «cultura de la presencia». En esta situación, la agencia de la escritura, tal y como la hemos conocido hasta los años ochenta del siglo pasado, se transforma ahora en una estrategia orientada totalmente a «componer», a «telemanipular» textos y a situar al lecto-escritor en espacios abstractos, en contornos virtuales para gestión de escrituras. En razón de ello, estos parecerán alejados del todo corporal y de lo que es su propio radio de acción próximo. No es la entera Alicia la que se diría haber pasado al otro lado del espejo. Es que Alicia se ha quedado en el espacio que la determina, mientras ha enviado su aparato cognitivo a trabajar en un dominio cibernético donde su propio cuerpo no tiene entrada. Es esta misma evidencia la

que, en estos primeros capítulos de nuestro libro, deseamos enfrentar, oponiéndole en este caso el proceder a una suerte de «rematerialización» del hecho lecto-escritor. Volvemos a considerar, apoyados en la historia de estas prácticas, la materialidad insoslayable que queda como resto de la praxis lectora y escritora.

Que se haya extendido, como lo ha hecho, la utopía de sujetos incorpóreos que atraviesan espacios densamente semiotizados (pero desmaterializados), quizá necesite de un correctivo, de una recuperación, a través de la arqueología, del sentido de un tiempo, de un lugar no-virtuales, sino ofrecidos a la percepción y a la interacción de todo el dispositivo aprehensivo humano. Esfera esta última donde los conceptos de afectividad, conciencia del tiempo y cercanía resultan todavía operativos en relación a las funciones que destacamos.

Volvemos al «cuerpo» a sus derechos y extensiones, por un momento. Aquel siempre es el resto ineludible: lo que subyace toda operacionalidad, aún la más abstracta. Se escribe desde el cuerpo, en efecto, como afirma Hans Gümbricht en su libro *Estados de ánimo*, pero también *se lee* desde él. El progreso científico-técnico no puede acabar con tal densidad, con su propia fisicidad, pero puede soslayar lo que son las funciones básicas en tal entidad por medio de la inflación de las operaciones más abstractas y cerebrales. Empero el cuerpo resiste, y la historia pasada de su singular agencia lecto-escritora nos ha de persuadir de la potencia que adquieren sus movimientos somatizados y profundos. Recuperamos aquí la experiencia de ese cuerpo enfrentado al oficio de letras: su histórica autoconciencia del hecho, justamente, es el objeto a describir.

Una última determinación cabe señalar como activa en estos primeros compases del libro y esta es la propia fascinación por las «ruinas», por los restos que descubrimos aquí de viejas prácticas. El interés por todo lo que ha resultado rebasado por la ola de la historia, se sitúa hoy en la punta del conocimiento que opera fundamentalmente recobrando, recuperando. Reinstalamos, pues, por un instante, y lo hacemos en el presente, todo lo que ya parecía puro pasado. Y lo hacemos con la esperanza de asistir a su espectral revivencia entre nosotros, convencidos como estamos de que la forma de anularlo para siempre hubiera sido depositarlo en un piadoso olvido.

Frente al actual modo de gestión letrada de un Joe Dunthorne, que escribe hoy sus novelas en un vagón de metro completamente abstraído de las condiciones físicas de su contexto, pero infinita-

mente abierto al espacio de conexión de internauta, la exigente observación de Stephane Mallarmé, que tensa hasta la extenuación lo que debe configurarse como personal, vívido e intransferible *dispositivo* altamente protocolarizado de la lecto-escritura en su sentido material arcaico, no parece que pueda alcanzar valor alguno en las condiciones impuestas al presente. Presente caracterizado por una global fluidificación. En consecuencia, donde aquel maestro de «lo Total», que fue Flaubert, pudo decir que para él escribir era una celosa práctica dotada de una extraña resonancia *bioliteraria* (anudada, pues, a un compromiso corporal), y que aboca al encierro y a la soledad física a quien la realiza, un sentimiento contemporáneo empezaría por rechazar sobre todo esa idea de «encierro», que insinúa la existencia de un peligroso espacio de signo autista, no-comunicado, donde el cuerpo fuera presa de sí mismo en un estado de exclusiva retroalimentación.

Aquí se transparenta el *modus operandi* de la ultramodernidad, en cuanto esta época reconfigura por completo las prácticas exigentes y toda vida de ejercitación (en este caso de «ejercitación en las letras»). Acabando con aquellas ascesis transmitidas por una cierta tradición de «trabajos del espíritu», la modernidad disuelve las actividades solipsistas en un fluido, en un *environment* o nuevo entorno de trabajo ahora conectado, dejando definitivamente atrás el lugar preciso en donde antes se concentraba la práctica del «poder discursivo». En realidad, suministra al viejo espacio de la escritura de un «sistema técnico» que modifica por completo su tradicional nicho ambiental. Ese sistema es, en todo caso, un *englobante* que preexiste y en cierto modo «crea» a quien lo usa. Ciertamente opera de este modo (al paso que deprime los sentimientos de presencia y de reunión-en-sí). Lo que de este modo se consigue es ampliar infinitamente las potencialidades en el sentido previsto por MacLuhan en su *Understanding media*, una obra tan lejana como indica su fecha de producción en 1965:

El ordenador promete, mediante la tecnología, una condición pentecostal de unidad y comprensión universales.

Así, del «nuevo» trabajo de letras, se puede decir que sobrevive y se declina bajo inéditas formas en lo que es su propio declive. De la ruina del despacho, del estudio —cerrado y polvoriento ya— emerge el nuevo contexto inmaterial en el que hoy se desenvuelve la práctica.

La realidad es que el espacio se ha tornado irrelevante en referencia a tales ejercicios de espíritu. El actual productor de textos en pantalla ha dejado atrás la noción de un espacio físico, y ello para instalarse concentradamente en el dominio de lo virtual. Y allí halla de todo menos, en sentido estricto, soledad, puesto que entra en relación directa con una comunidad de lectura con la que le es posible establecer contacto en tiempo real, sin «distancia» alguna (aunque tampoco con «cercanía»). La vivencia gnóstica se ha impuesto por encima de las propias condiciones materiales de la existencia, y una comprensión «pneumática» de lo que sean las tareas superiores de la inteligencia, deja atrás, abandona el cuerpo. Resulta entonces que cuando no hay fronteras físicas determinadas, se pierde la idea de presencia; cuando dejan de existir la linealidad y el orden, aparece entonces la fluidez y la indeterminación.

Insinuaremos aquí que, en realidad, lo que opera en esta nueva agencia es el principio de «desinvertimiento»; acaece en ello una muy real pérdida de aura de la escritura a la cual daremos como perteneciente a una era humanística ya clausurada. Peter Sloterdijk, que considera la escritura como una «antropotécnica», un verdadero remodelador de hombres, sentencia sobre la misma que ha envejecido y ha dejado de ser fértil. El lenguaje ya no es la «casa del ser», mientras el habla fantasmal filtrada a través de las máquinas y los procesadores es ya un lenguaje alógrafo, es una escritura «otra»: una escritura *posthumanista* que deja atrás el mundo donde la primera se hizo posible, deshaciendo viejas nociones de autoría y propiedad.

Las prácticas letradas se constituían en un dispositivo cerrado en torno al cual, y con distintos grados e intensidades, el pasado pudo construir el principio fuerte y punto de clivaje de existencia de toda lecto-escritura.

La (antigua) articulación y coordinación de cuerpo y espacio comprimidos, segregaba de sí una suerte de épica agónica, cuyo resultado fue siempre la materialización de un barroco «teatro» lujoso, sobrecargado, explosivo en sus tensiones: precisamente aquel del que ahora quisiéramos dar cuenta. El interior del despacho exhibía entonces, en la era pasada antes de la llegada de la «hipermáquina», su potencia de verdadero *observatorio*, mientras se dejaba interpretar como punto focal para «soñar» todo lo que quedaba en el «afuera». Tal y como majestuosamente lo describe Azorín en el comienzo de sus *Confesiones de un pequeño filósofo*:

Lector: yo soy un pequeño filósofo; yo tengo una cajita de plata de fino y oloroso polvo de tabaco, un sombrero grande de copa y un paraguas de seda con recia armadura de ballena. Lector: yo emborrono estas páginas en la pequeña biblioteca del Collado de Salinas. Quiero evocar mi vida. Es medianoche; el campo reposa en un silencio augusto; cantan los grillos en un coro suave y melódico; las estrellas fulguran en el cielo fuliginoso; de la inmensa llanura de las viñas sube una frescura grata y fragante.

Todo parece que se disponía allí con vistas a la conquista de un ideal necesitado de una firme reclusión en un ámbito ergonómicamente dispuesto, saturado de artefactos (todos en distintos grados de resonancia con el espíritu del creador y especialista de lo imaginario). El objetivo era el de poder desarrollar en él lo que a todas luces resulta ser un activo «extrañamiento de mundo» y, finalmente, un ponerse en exclusiva «en manos de sí mismo». Dicho al modo de Heidegger: ponerse «cabe sí»; emprender la tarea de ordenar y dirigir un mundo interior. Ello asemeja al lecto-escritor antiguo con el *ejercitante*. Lo que allí hace es entrenar su espíritu por medio de ejercicios de dura ascesis, lo que le pone en disposiciones de alcanzar un superior entendimiento; una mirada más profunda sobre lo real. El gabinete se reclama de la figura metafórica de una «fragua» que modela gigantes del pensamiento.

Desde aquella intimidad, se lograba entonces la condensación de un *quantum* de energía simbólica que iría dirigida hacia una exterioridad o campo lecto-receptor, pero de la que, en realidad, no se esperaba ningún *feedback* inmediato. Las fuerzas y dinámicas, se observará en el fragmento azoriniano, parecen concentradas en el momento excepcional que rebosa de una conciencia exacerbada del «biotopo» en el que se dispone a la acción. Este es el reino absoluto de la familiaridad, el modo especial arcaico en que se revela el ser-en-el-mundo. Tal espacio originario presentaba una cercanía estrecha con los útiles, con los instrumentos. Y es que las cosas allí se presentan «a la mano»; todo se vuelve cercano, próximo en este ámbito. La espacialidad, en efecto, se construye sobre la *cercanía*. Es este el sentimiento clave que determina la existencia misma del escritorio, del gran gabinete de lecto-escritura sentido por su habitante como una presencia grávida, como un potente «desalejador». En suma, esa «mónada» cuya imagen perseguimos en su versión antigua se constituía como el lugar ideal para tomar conciencia de que se habita, dicho de nuevo en términos

de Heidegger, «sobre la tierra», «bajo el cielo», «en compañía de los hombres» y «a la espera de los dioses». Ese sentimiento de cercanía, en efecto, es el que queda disuelto por la técnica avanzada. La pantalla anula el sentimiento de proximidad, y frente a ella ya no es posible estar «cabe» aquello que une, desaleja y presentifica.

Ha resultado así que la «tecnologización de los interiores» de trabajo intelectual, la irrupción en ellos de la «megamáquina», determina el que todo lo que en el régimen antiguo debía rodearse de mundo físico, tangible, para lograr representaciones de él, se haya convertido hoy, en los «cuartos conectados» del presente. Esto fuerza una situación de la que han desaparecido en buena medida las dimensiones sobre las que se articulaba la ya vieja idea de una *presencia* y, también, de una producción. Lo capital en esta situación nueva y en este nuevo reino de lo in-distante, es el control y recepción que se hace sobre todo de lo que la exterioridad envía como *flujo*, como torrente inextinguible por la banda ancha, por la que el neo-escritor navega, seleccionando y dejándose iluminar en su tarea por lo que le llega, más que por lo que crea. Ello se corresponde con la sustitución de una escritura fundada en la inspiración, las musas y las manías por otra basada en la apropiación, la atención al contexto informático y, finalmente, un cierto olvido del cuerpo.

Podemos, con alguna precisión, situar el momento en que el escritorio y su fisicidad propia vio doblada su existencia en un escenario plenamente virtual, cuyas dimensiones no harían ya, a partir de ahí, sino implementarse exponencialmente. Fue en 1979 cuando la empresa Rank Xerox traslada el universo de la oficina real al espacio virtual operativo de la interfaz con el microprocesador (en el que se sitúan los clones electrónicos del dominio tradicional: la papelera, la mesa-escritorio, los archivos...), el momento en que se produce el evento extraordinario. Desde entonces, la percepción de la existencia de dos regímenes de trato con las letras se torna asunto candente, y aun se vuelve cuestión dramática. Puesto que si bien es verdad que el mundo pre-conectado ofrecía la posibilidad de una mayor penetración reflexiva y una autognosis demorada, la conexión a la Red Digital Universal multiplica la extensión de la información al alcance, haciendo que verdaderamente se vea *más mundo*, donde antes, en realidad, se veía *menos*.

El *studiolo*, lugar donde el conjunto de prácticas auráticas realizadas sobre la letra encontraba en el pasado acomodo, fue, también,

en su era más clásica, un *locus novus* de la individualidad moderna en cuanto suma y cifra de lo que podía alcanzar a ser un reducto personal, una forma continente ideal del espíritu; dominio en el que un poder —el poder que comunica la escritura— se consolida.

La antigüedad misma de este espacio no puede ser retrotraída más allá del siglo XIV, en cuanto lugar donde opera un misterioso «deseo de lenguaje», al que todo finalmente debe subordinarse. Caído en desuso en las formas de vida postmodernas, aquel dominio cuasi-sagrado —donde se celebraban los misterios de lo discursivo— comparece hoy dispuesto ya para su definitiva «vitrinización» en los museos y casas-natales; lugares en los que se conforma como el «paisaje» de una praxis intelectual que ha terminado por pasar, definitivamente, a la historia.

El modelo capsular es la forma acrisolada por la tradición en que hoy se nos presentan los antiguos espacios de lecto-escritura, bien sean los personales o, incluso, los comunes: las salas de estudio y «reservados» de naturaleza libresca. Todos ellos lugares de desarrollo de una escritura perfectamente «situada». Frente a este dispositivo, las dinámicas que atraviesan los lugares de actividad intelectual del más inmediato hoy en nada tienen ya que ver con aquellos que se desvanecen o, por ventura, de continuar en su esencia, se vuelven a cada paso *obsoletos*. El nuevo entorno digital tiene la capacidad de hacer implosionar el antiguo espacio tridimensional. De modo que asfixiante y sin sentido nos ha de parecer, de imaginarla ahora, la habitación donde Marcel Proust concibiera íntegramente, sin desplazamientos ni escaques, su *Obra Total*, en busca de un tiempo perdido. Monumento textual cuyo inventario de sacrificios y costes, dotados de una extraña resonancia física, es el mismo autor quien lo evidencia en un lugar de su escritura:

Soportado como una fatiga, aceptado como una regla, construido como una iglesia, seguido como un régimen, vencido como un obstáculo, conquistado como una amistad, sobrealimentado como un niño, *creado como un mundo*.

Aquel ámbito, tal despacho ideal (el modelo aristocrático), constituye para Walter Benjamin, que así lo expresa ante el estudio de Goethe en Weimar, la verdadera «antigüedad del poeta». Las nuevas superficies donde acontece la inscripción letrada o se desarrolla en este momento la lectura, en su actual desmaterialización virtualizante,

fuerzan al tiempo que una nueva resignificación de tales prácticas, lo que es un verdadero *desinvertimiento simbólico* de lo que fueron los antiguos actos de lecto-escritura. Aquellos aparecían vinculados a una ejercitación potente y maníaca en la que el cuerpo sinestésico quedaba fuertemente comprometido. Por lo mismo, el modelo que hoy se conforma determina también lo que es el ocaso de aquellos «otros» lugares donde «altos» empleos antiguamente se desplegaban con la autoridad de una suave matriz protectora, al ofrecerse esta en la forma fantasmática de una cavidad genésica y oscura donde pudiera ser desarrollada una vida de largo aliento en la gran hibernada. Aquella clase de artefacto cultural resultaba altamente elocuente, parlante, pero en particular lo era acerca del tipo de inversión que en él hacía un cuerpo.

De facto, ya es el propio deseo de escribir bajo unas condiciones tensas y establecidas en lo material con precisión, lo que a las claras revela una disposición anímica «anticuada», una verdadera *desintonía* con lo que es (o debe ser) la marcha general de las cosas, tal y como finalmente estas han devenido. Situación, en todo caso, que tiene un punto en el que contrasta fuertemente con esa nueva ley de la existencia post-contemporánea, según la cual ser es ser (inmediatamente) percibido por otros; actúa lo que es el deseo de un pronto «recibir miradas» sobre el trabajo, que es, al final, la gran aspiración del escritor *on line* de nuestros días, el cual se debe a un sentimiento de entrega a la «colectividad ligera» a la que pertenece, y con la que se encuentra continuamente conectado en el seno de un magma cultural en estado «líquido». Con ello la Obra parece haber perdido parte de su orgullosa autonomía, que radicaba en el estado mismo en que habría de ser producida en cuanto trabajo de la soledad autodeterminada. Todo lo cual se convierte hoy en una pieza que, de inmediato, se integra en un circuito de significación comunicada.

Podría asegurarse que toda la mitología del trabajo escritural, tal y como la hemos conocido hasta hoy, se encuentra puesta en crisis. La dimensión de la particular *agencia* que se practica sobre las letras ha venido a «adelgazarse» notablemente en sus dispositivos (también en lo que son sus disposiciones), y la condición nueva a que fuerza el interfaz con la pantalla genera ahora como primer efecto una suerte de *post-cuerpo*, que actúa en los dominios de una zona intensamente desmaterializada, la cual no requiere ya para activarse sino de impulsos eléctricos, de conexiones abstractas, cerebrales. En ella, lo único que

al parecer cuentan son las trayectorias y las velocidades a que se efectúan tales inscripciones digitales. Hay testimonios recientes de esto que podría ser una condición «ingrávida» de la escritura nueva, que se transmite también a la psicología de aquel que la practica. Como ejemplo, tenemos la observación que suministra Lola López recogida en el blog del proyecto «escritorio» de Jesús Ortega:

Mi escritorio es un estado mental, una burbuja que transita entre la imaginación y la vida. De ahí que pueda hacerlo en cualquier parte, en cualquier momento. En mi esfera la atención se concentra en mi mundo interior, en el laberinto irrepresentable de una semiconsciencia lúcida que se expande, que imagina y fija. Habito en ese universo propio dialogando con personajes sin cuerpo, con ideas que buscan una concreción que, desde mi esfera, me esfuerzo en darles. Incluso, si el momento es locuaz, se me olvida que el mundo sigue fuera; se me olvida, también, que tengo un cuerpo mortal, que soporta el hambre o la sed porque nadie le atiende como es debido. Espera, le digo, y me obedece, sumiso a los dictados de mi reino inmaterial.

Lo que eran los antiguos modos, protocolos y artefactos de toda índole de que se acompañaba lo que podemos denominar, de nuevo (con Petrucci), la «relación de escritura», han entrado en una súbita decadencia; y estas praxis últimas, donde aún se dan, lo hacen en una condición ciertamente crepuscular, en todo *agónica*: de alguna manera residual, enteramente nostálgica. Todavía subsisten, claramente, pero allí donde encontramos los componentes de su constitución estos comparecen en una escena melancólica, suavemente estetizada por el velo que le confiere su adscripción decididamente *retro*. Y el ejemplo está en esos nuevos comercios que han recuperado el gusto por los papeles de calidad; que sirven, a clientes que *ya* no tienen prisa, antiguas plumas; plumas, incluso, de las de «mojar» en preciosos y pesados tinteros neotalaveranos, ofreciendo todo tipo de texturas del papel para la praxis demorada de una escritura, ya por ello mismo vuelta *atemporal*. Como se venden igualmente también vetustos escritorios de madera compacta, plagados de gavetas y resortes ¡secretos!, donde entregarse a los placeres ya prohibidos y derogados de una escritura de arabesco y fantasía. Y en verdad que vuelve, también, con todo ello (aunque sea un regreso desvitalizado, atensional), la caligrafía, y aquel gusto por el trazo tipográfico-manual. Ello acaso nos devuelve a considerar ese antiguo valor terapéutico y autoconfigurador de la escritura,

que se plasma en ocasiones en los *hypomnemata*, los cuadernos —*molecules notebooks*— de apuntamientos y notas con los pensamientos que ayudan a construir el propio edificio espiritual, y que vemos que todavía tienen curso como moda de nuestros días.

En gran medida, lo que se ha perdido —y que solo puede recuperarse en una ejercicio intencionado de anamnesis: de partir en busca de un recuerdo— es la concepción de una escritura ligada a una ascesis, a un fuerte trabajo de disposición de entorno, donde su práctica pueda al fin acontecer y, sobre todo, ser mantenida en medio del despliegue de una poderosa *energeia*, que contamina y debe imantar forzosamente todo un espacio en derredor. Quien vivía bajo tales determinaciones exigentes, forzosamente había de sentirla como una inversión vital que, como en el caso de von Aschenbach, en *Muerte en Venecia*, termina por originar una constante: «nostalgia inquieta del trabajo, del sagrado esfuerzo de la disciplinada labor cotidiana».

El escritor de hoy se orienta progresivamente a ser un «operador» de textos, puesto a cubierto de cualquier contingencia material y actuando siempre a través de *medios fríos*. Este es el hecho. Aquel traslada gran parte de su implicación orgánica y de su cognición flotante por entre el mundo de las cosas a la propia *pantalla*, en la que ahora delega como auténtico espacio «artificial» de todos los juegos realizados por una suerte de *avatar* suyo.

En todo caso, la inscripción bioliteraria demandaba en el pasado una red de *artefactos* sometidos a diferentes agencias de carácter ritualista que contribuían a «densificar» los espacios dedicados a tal fin. Ellos configuraban la escritura, al tiempo que la escritura determinaba también en ellos mismos lo que es una original y relativamente estable conformación y disposición. La agencia de la cultura se investía así de una dimensión *material* —se desencadenaba una auténtica «fábrica de la escritura»—. Mientras hoy se puede decir del sacerdocio de letras que ha resultado poco a poco desmaterializado, y convertido ahora en un biodispositivo centrado exclusivamente en la interfaz con una pantalla. Aquel otro era el mundo del estar-a-la-mano, y respondía a la idea de que lo que se hace familiar debe tener prioridad sobre la *existencia distanciada* que imponen hoy los medios fríos.

Daremos cuenta de lo que fue la existencia de tales estructuras antes de su transformación decisiva, y saldremos al encuentro de aque-

llo en lo que todo se ha venido a transmutar, que entendemos —con ausencia de tonos elegíacos— como el ingreso en un estadio otro de complejidad mayor, de un más alto grado de intelectualización. En todo caso, no nos desentendemos de la fuerte impresión de que las prácticas de la lecto-escritura a través de sus medios diversos están vertebradas por un deseo (acaso, hoy, por una nostalgia) de *presencia*, por una necesidad sentida de relación física y espacializada, por una *tangibilidad* general del mundo (el vivido y el soñado). El hecho de que el gabinete esté consagrado a la imaginación es relevante a estos efectos, pues la imaginación misma es aquella parte o facultad del espíritu menos abstracta; es la que sigue anclada en la mente arcaica y, por tanto, se encuentra relacionada y en interdependencia estricta con funciones generales del cuerpo humano.

Una observación de Goethe anima esta primera parte de nuestra empresa, enteramente volcada hacia el pasado. En *Fantasía y realidad*, Goethe habla de los «trabajos de escritura», de los que dice que inevitablemente van quedando «relegados al pasado», y aun cuando se va perdiendo la memoria de su realización y sentido la realidad, apunta el poeta, es que es: «razonable otorgarles un valor histórico conversando sobre sus orígenes con benévolos conocedores».

Lecto-escritura

Antes de entrar a caracterizar en algo aquellos antiguos «lugares investidos», verdaderos «envoltorios» de actividades de alto alcance y voltaje, es preciso que consideremos que lo que en ellos se desarrolla es una operación *integrada*, y es siempre en ellos el ejercicio de una lecto-escritura, en cualquiera de sus variaciones tonales, la que allí tiene su correlato tradicional. Diremos, en general, «actos» de lectura y de escritura, decididos como estamos a vincularlos en una mutua predicación, que al cabo no desea diferenciarlos a propósito de unas prácticas que los envuelven a ambos. Pues, en efecto, los entendemos aquí al modo de «actos clásicos» (o de una era *clásica* del trato con las letras), en cuanto poseídos entre los dos polos de su realización por una suerte de reciprocidad dinámica, según la cual la lectura implica ya la estructura de una respuesta en forma de escritura: anotación, *marginalia*, cita, texto... Ya lo hacía observar tempranamente un jesuita, Lorenzo Ortiz, a la altura de 1677:

No avía de haber libro de que no pendiese tintero y pluma y tuviese encuadernadas muchas ojas en blanco [...] Léase con el tintero al lado y con la pluma en los dedos y della pássese al borrador que se eligiere y se hará sementera que no esté sujeta a temporales.

Acto reflejo el que encadena lectura y escritura, en todo caso, cuyo sentido verdadero se puede deducir de la máxima establecida por George Steiner, en cuanto que leer bien es, siempre, un *contestar* al texto. Se trata de la «lectura orientada»; orientada por auténticos «leedores». Lectura que se dirige a un fin, un paso más allá de sí misma. «Escribo porque he leído», podían decir, con lógica entonces implacable, los clásicos. De ello nos convence el óleo de Hans Holbein dedicado al «escritor Erasmo de Rotterdam» (1523), la tabla del Museo del Louvre, donde se hace evidente que Erasmo acaba de leer en un libro cerrado y utilizado como soporte y ha iniciado ya el *incipit* de uno de los folios suyos, propios. Funcionalidad vinculada de la que también deja explícito testimonio Miguel de Unamuno, quien en su *Diario íntimo* de 1897 se expresa así:

Es tal mi hábito libresco que solo concibo pensamientos y propósitos piadosos leyendo, como comentario de lo que leo, y me veo forzado a cristalizarlos escribiéndolos. ¡Estudiar para escribir! Este es el fin del intelectualismo.

Y en cuanto a los modernos, a los «digitalizados», tal cosa en realidad se les hace más evidente, dado que la telemática y el entorno técnico emergente lo que logra es la progresiva anulación de diferencias entre los momentos de emisión y de recepción, igualando el componer con el crear: el leer con el intervenir en lo leído.

Es preciso considerar antigua obra maestra de la epopeya de esta lecto-escritura integrada la de Gustave Flaubert, *Bouvard y Pecuchet*, donde leer solo tiene sentido en el horizonte de un (llegar a) escribir. Es así cierto también aquello que afirmaba Walter Benjamin respecto a que el lector (lo quiera o no) se encuentra en todo momento preparado para convertirse en un escritor. Efectivamente, llevado de la pasión por la consignación y el trazo propio: «el lector, en todo momento, se dispone a devenir en *escritor*».

La escritura vive en los blancos y tiempos muertos de la lectura, como esta lo hace en los de aquella. Trabajamos bajo la seguridad de que la conexión lecto-escritora anida en el fondo de la práctica de

las letras, y determina (o determinaba en el pasado) la existencia de una suerte de espacio común reforzado, donde, en efecto, ambas se realizan, entrando en una relación rizomática que no permite mayores distinciones entre las mismas. Es este el punto de vista que en todo momento habremos de sostener aquí. Si admitimos la existencia de esta esfera *integrada* es porque, además, somos sensibles a la cuestión planteada en su día por Roland Barthes:

¿Cómo se puede leer sin estar obligado a escribir?

Aquí la lectura comparece en cuanto determinada en un sentido superior, más elevado, al que normalmente queda referida. Pues no se trata, en todo caso, de esa forma extendida de lo que se conoce como «lectura recreativa», sino, mas bien, de la «lectura analítica», y, llevada al plano del cuerpo, de una lectura plenamente «existencial». En este sentido «fuerte», su práctica implica exponerse siempre a una alta complejidad intelectual. Esta última disposición es la única capaz de mover el conjunto sicosomático del lector (que ya apunta hacia su devenir escritor; hacia su conversión en un *wreader*), tal y como vemos insinuado en la utopía *Walden* de Thoreau. Capaces los lectores, sí, entonces:

De mantenernos de puntillas para leer con devoción, en las horas más alertas y despejadas.

La relevancia de la lectura, entendida en cuanto «pórtico» o umbral de la escritura (o, en cualquier caso, coexistente con ella en lo que es un mismo ámbito de ejecuciones prácticas), la pone de manifiesto Marcel Proust (en *Sobre la lectura*), cuando da cuenta de que en los bajos niveles del compromiso cognitivo, ciertamente no se produce una exaltación que obligue a pasar de lo leído a lo escrito, pero que este último proceso, si bien lo consideramos (y así lo hacemos), es el propio de toda «vida espiritual» *fuerte*, en la cual es el impulso que se recibe de la lectura el que termina por animar su emulación. Y entonces puede con justicia decirse que se escribe muchas veces guiado por la mano de un muerto ilustre, y es en este sentido que:

Dante no es el único poeta que Virgilio ha acompañado hasta las puertas del Paraíso.